

NOCHE DE PASCUA

Un soplo de aire frío llega hasta el *Nacimiento*: sube por las laderas de corcho, agita las briznas de musgo, columpia los ramajes subrayados de escarcha, mueve las aspas de cartón del molino, penetra en los ventanales de la ciudad pecadora y baja por las enarenadas pendientes á silbar en la puerta de la posada, á hacer rechinar la grúa del pozo y desgredarse el cáñamo de la rueca, á columpiar las gualdrapas de los camellos y besar, por fin, blandamente la cuna del Salvador niño.

La estrella de Bethlehem oscila un momento sobre su eje de hojalata y sigue señalando el misterio; el humo de las candelillas recién apagadas se extiende sobre el valle, rozando con sus perfumes acres el río de cristal, y, por fin, se eleva en nubecilla tenue, sobre la carreta de bueyes, inmóviles como ídolos egipcios. Después, todo queda en la obscuridad y el silencio.

Melchor.—¡Es la noche, es la noche santa! ¡Mirad cómo estalla en las cumbres el grito del ave nocturna, cómo yerguen sus tallos las flores silvestres, cómo se desliza el arroyuelo entre juncias, cómo palpita la tierra al beso de la noche, cómo resplandecen los cielos á la nueva de la venida del Hijo de Dios!

Thonson.—Mentira. Este mundo es armazón de lienzos y tablas; las montañas son cortezas de roble, los arroyos son vidrio, los cielos son telas. Tú mismo, infeliz reyezuelo, eres barro frágil, que, á la postre, habrá de revertirse á la arena.

Melchor.—Te conozco, sajón. Una mano imprudente te ha colocado en el fondo del valle, con tu saco de lana, tu sombrero de casco y tu maletín de cuero. Eres la civilización que llega, escéptica, fría, abrumadora, sin ilusiones y sin ideal. ¿Tú qué sabes de noches que cantan el salmo eterno de Isafas, de supremas encarnaciones de dioses que llegan? No hay lugar para tí en Nazareth.

Thonson.—Tú lo has dicho: soy la verdad. Me ha anunciado ese foco eléctrico apenas extinguido con que nuestro amo, que duerme en la cuna, ha alumbrado el establo. Mi voz ha resonado en el surtidor de presión que riega vuestro césped, en la rueda auto-

mática que gira junto á la presa, en el paisano que apalea su rucio y en el leñador que hiende su tronco. Soy la verdad, fría, pero tónica, y por mí tenéis movimiento y vida.

Bato (despertando).—¿Quién habla? ¿Se ha marchado ya el ángel?

Fhonson.—Los ángeles huyeron y los dioses se van.

El buey.—¿Qué pesadumbre!

La mula.—Déjale: su charla es estéril.

Fhonson.—¿Es la mula quien habla de esterilidad?

Bato.—¡Vaya una figurilla grotesca! ¿De dónde ha salido ese espárrago seco?

Fhonson.—¿Y de dónde has salido tú, anacronismo vivo, parodia ridícula? No fueron como tú los apacentadores hebreos, ni vistieron tus herreruelos y calzas. Tan apócrifo eres como esas nieves que nunca blanquearon en las cimas judaicas.

Bato.—¡Tía Gila, creo que nos insulta!

Tía Gila.—¡Bribón! ¿Quién te mandaba dejar tu pelliza y vestir jubones encintados? Así debiste abandonarla como yo mi túnica y sandalia. El afán de lo nuevo nos ha perdido. Dejaron los zagales zamponas y rabeles, y helos arrancando sonidos extraños á instrumentos de viento. En Dios y mi ánima que así les cuadra como al buen

José la garlopa ó á Gaspar la espuela vaquera. ¿Qué hace el infame molinero con su pantalón almidonado y su encarnado gorro auvernés? Bien os lo aseguré que llegaría un día en que nos echaran de aquí gentes nuevas.

Bato.—Cállese, anciana, é hile, que ya chochea.

El viejo de la leña.—¡El tiempo pasa y nosotros con él!

Coro lejano de pastores.—¡Bendito quien llega en nombre del Señor! ¡Bien hallado el Mesías!

Fhonson.—Es la fiesta del solsticio de invierno. Es Isis, es el Sol, es la conjunción de los astros, es la ficción caldea, es el mito egipcio que se repite.

Melchor.—¡Calla! ¡Es la verdad, que se perpetúa! ¡Es la Redención, que hace á los hombres salvos!

Lavanderas.—Lavamos los cendales del niño. ¿Es lienzo ó son hilillos de nieve tejidos por la luna?

Fhonson.—Vuestra luna es el arco voltaico; lo que llamáis arroyo es cristal fundido en los hornos del hombre.

Bato.—¡A callar! ¡Pastores, á mí!

Fhonson.—No; no se moverán. Están muertos; no pueden moverse sin mí, que soy la energía. Quedarán petrificados é in-

móviles como el pasado, que se pierde entre nieblas.

Baltasar.—¡Guíanos, oh estrella luminosa! ¡Guíanos adonde llevemos el incienso y la mirra, adonde veamos las profecías cumplidas y la humanidad salva!

Coro de niños.—El horizonte se ilumina: el día se acerca. Cantemos al Señor. ¡*Hossanna, hossanna!*

Fhonson.—Sí: es el día. Es el día que ahuyenta las sombras, que desvanece los negros fantasmas.

Coro de pastores.—¡Saludemos, pastores, al VERBO hecho carne! ¡Cantemos, cantemos á la glorificación del Señor!

VIDA NUEVA

Mientras en la calle apáganse los ecos de los tambores con que los niños acompañan el cántico de Navidad, que tan hermosas páginas inspiró á Dickens, todos esperamos con impaciencia la llegada del Año Nuevo. Ese año simbolízase, como los demás, en una fecha, cuya última cifra es una interrogación. ¿Qué traerá para nosotros ese ciclo de meses, semanas y días? ¿Será la fortuna ó la ruina, la felicidad ó la decepción? Y todos le esperamos con ansia, convirtiendo así la existencia en un sueño, como el de *Rip-Rip*, al cabo del cual hemos de encontrarnos al borde del sepulcro, con la cabeza blanca y el corazón marchito.

*
* *

Oigamos á los hombres experimentados y juiciosos: según ellos, cien proyectos no

valen una sola realización. Ese afán insano de levantar catedrales en nuestra fantasía, malogra toda actividad y aun la torna estéril. ¿A qué discutir, indagar el por qué de las cosas, atormentarnos en rasgar el velo del mañana? *Cultivemos nuestro jardín*, acaban siempre diciendo, como *Cándido*. ¡Proyectos, esperanzas, ambiciones! Es girar letras fantásticas sobre la caja del futuro. El porvenir acaso no será; el pasado no es; aprovechemos el presente que es sólo un punto y que se nos huye. Tal es, aunque parezca paradaja, la opinión de los místicos... y de los epicúreos; de Luis Vives... y de Sardanápalo.

Pero proyectar es vivir para el hombre que piense; esperar es alentar para el ser que siente. Quitadnos con la perspectiva del futuro el recuerdo de lo pasado y ese presente tan precioso no valdrá la pena de vivirse. ¡Proyectar! ¡Sí, eso precisamente es lo que distingue al hombre del bruto! El animal vive, el hombre vive y piensa, el irracional goza ó sufre; pero el rey de la creación hace más: espera. Cuando todo se haya alcanzado, cuando toda perfección se haya conseguido, cuando el hombre convertido en dios mitológico nada tenga ya que esperar, el mundo habrá tocado á su fin, será, sin el llamamiento del porvenir,

un arca vacía y un arpa sin acordes, y el frío del corazón de los hombres habrá apagado el calor de los astros.

No: no vale la posesión lo que el deseo ni equivale el año vivido al que se desea vivir. La juventud es bella porque es un alcázar de proyectos, un sembrado en que sólo la esperanza florece. El amor se marchita al hacerse carne y el poeta lo ha dicho: *animalia post coitum tristia*.

No está la felicidad en el oro sino en la fiebre del minero, no se encuentra un beso que dan los labios, sino en ese otro inmaterial que nuestro espíritu deposita en esas castas frentes cuyo calor jamás sentiremos y en esos ósculos sin contacto que enviamos á muchos ángeles de belleza que nunca nos rozaron con sus alas. El año que pasó es un anciano que vemos allá lejos despidiéndonos con adioses y lágrimas. El presente es un hombre adusto que nos contempla sentado al borde del camino. El año que llega es una figura blanca y luminosa, resplandeciente de gracia y de juventud, que allá, donde la aurora asoma en azules y tornasoladas rompientes de luz, ceñida de perfumadas sandalias, vestida de transparentes urdimbres, coronada de rosas y mirtos, nos sonríe y nos tiende los brazos.

Sonando envejecemos. Mas ¿por qué ese temor á envejecer? Es hermoso ser joven; pero también es hermoso doblar la cumbre de la vida, adquiriendo la razón que nos hace más sabios, la austeridad que nos hace mejores.

Lamartine amaba la juventud... que no duraba siempre. Los antiguos, queriendo simbolizar la belleza, no pintaron á un niño, sino á Marte á los treinta años; al representar el vigor, esculpieron á Hércules á los cuarenta; la razón fué encarnada en Homero con la belleza de la senectud.

Recordad vuestra hermosa juventud y esperad la luminosa vejez. Abrazad á los adorables niños y descubríos ante los encanecidos padres. La juventud eterna sería una promesa incumplida; perdamos el cenital de la inocencia para adquirir la púrpura de la racionalidad.

Después de la vejez está la muerte.

Pero la muerte es siempre bella cuando es digna. Oigamos á Epicteto: «No morir para el hombre, es como para la espiga no ser jamás cortada.»



Ya llega el Año Nuevo. Esperémosle sonrientes y satisfechos; no pensemos en los

tormentos que acaso nos prepara, en las decepciones que tal vez se dispone á arrojar sobre nuestras frentes como lluvia de hielo. Pensemos en el amor con que ha de galonarnos, en el laurel que habrá de discernirnos, en las fragantes guirnaldas con que habrá de ornarnos, en la atmósfera tibia y saturada de esencias en que habrá de envolvernos. ¿Qué traerá? La felicidad, el amor, la embriaguez del triunfo. Conserve-mos esa fe en nuestros propios destinos que hizo grande á Leónidas. El año se acerca. ¡Vida nueva! ¡Vida de ilusiones y venturas, y placeres y regocijos! Alcemos nuestra copa y bebamos en honor suyo. En medio de negruras y lobregueces, él viene á iluminar con su antorcha nuestro camino. Cuando todo nos hiere, él viene á verter sobre nuestras cabezas su ánfora rebosante de bálsamos. ¿Por qué hemos de temerle? La realidad odiosa parece disiparse ante el Año Nuevo. Saludémosle. ¡Es la esperanza!

FIN